

Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (sexta parte): “La fugitiva” o la desaparición de Albertina

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes*

Introducción

“La fugitiva”, sexta parte de *En busca del tiempo perdido*, publicada en 1925, está estrechamente ligada a la anterior, “La prisionera”, y funciona como desenlace dramático de esta última. El tema central sigue siendo los celos del narrador. Al abordar el tema central, se presentan sentimientos como amor, celos, rabia, sufrimiento, dolor, tristeza, duda, separación y desdicha.

Proust extiende su novela explorando los sentimientos de sus personajes y revela destinos inesperados que sorprenden al lector, mostrando sus facetas ocultas a lo largo de la Recherche. El autor utiliza indicios en su narración, ocultándolos o revelándolos según convenga. En “La prisionera”, el método indicial aporta pistas, pero nunca confirma explícitamente que Albertina sea lesbiana; los indicios solo sugieren y despiertan sospechas. Es decisión de Marcel y del lector confirmar o negar esa posibilidad.

Los siete volúmenes están escritos bajo el signo de la sospecha. Así, bajo este signo, el narrador justifica las persecuciones, los celos y las pesquisas mutuas. Swann persigue a Odette, la ama y la cela. Y este esquema se replica en todas las parejas que pueblan la novela, independientemente de la orientación sexual de cada integrante de éstas.

Aparte de esa inclinación hacia el sufrimiento psicológico que experimenta Marcel —una tendencia que también se observa en Charles Swann—, el sexto tomo de “A la recherche...” relata los intensos intentos y la determinación de Marcel por lograr el regreso de

Albertina a París. Para ello, el protagonista recurre a medios poco convencionales, buscando proteger su estabilidad emocional y mantener las apariencias ante los demás, aunque eso implique ocultar su dolor. No obstante, mientras aguarda que la fugitiva regrese, continúa torturándose e investigando el pasado de Albertina, ya que quiere descubrir las señales sobre la verdadera identidad sexualidad de la joven en flor.

Criado como un niño mimado y sobreprotegido, al perder el apoyo de su madre y abuela evita mostrar sufrimiento, creyendo que ocultar su pena basta para no sentir dolor, como hace frente a Francisca, la criada de la familia. El acto de voyerismo involuntario en Montjouvain marcó profundamente al protagonista, quien, mientras analiza señales sobre la sexualidad de Albertina, trata de confirmar sus sospechas en tanto regresa la desaparecida.

Una vez convencido del imposible retorno de Albertina, emprende el anhelado viaje a Venecia. Allá se encontrará con viejos conocidos quienes lo pondrán al tanto de lo que ha ocurrido al resto de los personajes de la novela. Descubriremos el destino de Gilberta, hija de Odette de Crécy y Charles Swann, y la sorpresa que le provoca conocer la verdadera sexualidad de su amigo, el marqués de Saint-Loup, considerado un caballero ejemplar. Bien lo decía monsieur de Charlus, cuando en el volumen anterior Bichot le proponía una cátedra sobre homosexualidad: que Bichot no imaginaba el gran número de oyentes que tendría dicha cátedra, dando a entender que el número de “invertidos” en la sociedad parisina era considerable.

Con el propósito de evitar adelantar la trama de “La fugitiva” (Albertine disparue), pongo término a la presente introducción y extendiendo la invitación a mis improbables lectores para adentrarnos en las páginas del penúltimo tomo de *En busca del tiempo perdido*.

Otra vez aparece la relación de la sinopsis de la obra. La inclusión detallada de los volúmenes y

* Licenciado en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Maestro “Medalla Rafael Ramírez”. Fundador y actual editor responsable de la revista Reforma Siglo XXI de la Preparatoria No. 3. En 2017 recibió el reconocimiento Libros UANL por su contribución al libro y la lectura por editar la revista Reforma Siglo XXI. En 2019 la UANL lo nombró Profesor Emérito. Actualmente maestro jubilado de educación media básica y media superior.

las secciones que los conforman responde a la necesidad de realizar referencias constantes a lo largo de obra. Los personajes principales reaparecen de manera recurrente en cada volumen, lo que exige que el lector tenga presente la organización interna de la narración para comprender mejor su desarrollo. Recuérdese que se trata de una novela extensa y Proust le otorga unidad mediante este recurso.

En busca del tiempo perdido

Primer volumen: “Por el camino de Swann”

Primera parte: “Combray”
Segunda parte: “Unos amores de Swann”
Tercera parte: “Nombres de tierras: El nombre”

Segundo volumen: “A la sombra de las muchachas en flor”

Primera parte: Gilberta Swann y Odette de Crecy
Segunda parte: Balbec y las muchachas en flor

Tercer volumen: “El mundo de Guermantes”

Primera parte:
En el hotel de los Guermantes y el salón de la señora de Villeparisis

Segunda parte:
Capítulo primero: Enfermedad y muerte de la abuela de Marcel
Capítulo segundo: Los zapatos rojos de la duquesa

Cuarto volumen: Sodoma y Gomorra

Primera parte
Capítulo único: La homosexualidad del barón de Charlus al descubierto

Segunda Parte
Capítulo primero: Las intermitencias del corazón (El salón de la princesa de Guermantes y el recuerdo de la abuela)
Capítulo segundo: Los misterios de Albertina
Capítulo tercero: Las tristezas del barón de Charlus
Capítulo cuarto: Brusca mudanza con relación a Albertina

Quinto volumen: La prisionera

El quinto tomo externamente tiene dos secciones, pero internamente tiene una estructura de sonata: exposición --- desarrollo ---reexposición.
Primera sección: Los celos de Marcel hacia Albertina (exposición)
Segunda sección: El salón Verdurin (desarrollo). Los celos de Marcel hartan a Albertina (reexposición)

Sexto volumen: La fugitiva

Primera parte: La desaparición de Albertina
Segunda parte: El anhelado viaje a Venecia

La desaparición de Albertina

Al final de la ejecución del sexteto de Vinteuil, en el salón *Quai* de madame Verdurin, Marcel había decidido (por las extrañas razones que entonces el mismo explicó) fingir un rompimiento con Albertina. Al entrar a su casa de inmediato lo pone en práctica, pero decide darle una segunda oportunidad a su muchacha en flor, oportunidad que finalmente resultó infructuosa, por lo que pide a Albertina que abandone su casa. Así termina el quinto tomo de “La prisionera”. La solución de continuidad con “La fugitiva” es que efectivamente a la mañana siguiente Albertina se ha marchado:

“¡Mademoiselle Albertina se ha marchado!” [...] Hace un momento, analizándome, creía que esta separación sin habernos visto era precisamente lo que yo deseaba, y, comparando los pobres goces que Albertina me ofrecía con los espléndidos deseos que me impedía realizar, [...] había llegado a la conclusión (muy sutil) que no quería volver a verla, de que ya no la amaba. Pero aquellas palabras —¡Mademoiselle Albertina se ha marchado!— acababan de herirme con un dolor tan grande, que no podría, pensaba, resistirlo por mucho tiempo. (Proust, 2021, p. 9)

Así empieza el sexto tomo de *En busca del tiempo perdido* y se reanuda el infierno de contradicciones

incesantes que atormentará la mente de Marcel¹. Al igual que en la primera parte de “La fugitiva”, el volumen antecesor, la trama se nos va revelando a través de esa especie de monólogo con el cual el narrador da cuenta de sus contradicciones, pero también de su incapacidad para actuar, delegando en otros personajes la resolución de su problema: el regreso de Albertina.

Le afecta la fuga de Albertina y tiene la seguridad que esa misma noche estará de regreso en casa, pero también cuida las apariencias, esconde su dolor ante Francisca, sobre todo a su vieja criada porque ésta no quería a Albertina:

«No tiene ninguna importancia, porque la haré volver en seguida. Ya veré cómo, pero, sea como sea, estará aquí esta noche. Así que no hay por qué atormentarse: No tiene ninguna importancia». Y no me lo dije para mí solo: procuré que así lo creyera Francisca no dejándole ver mi dolor, porque ni aun en el instante en que mi dolor era más violento olvidaba mi amor que le convenía parecer un amor feliz, un amor compartido, y parecérselo sobre todo a Francisca, que, como no quería a Albertina, había dudado siempre de su sinceridad. (Proust, 2021, p. 10)

Y entre tanto, mientras emprende alguna acción para provocar el regreso de Albertina, Marcel monologa y proporciona al lector un rosario de contradicciones sobre su odiada-amada. Su presencia, piensa, es como un poder destructor, pero su ausencia es como una deidad que se torna tan cruel como la muerte. Deduce que Albertina se fue porque quiere casarse, pero eso como una primera hipótesis; pero la hipótesis siempre comprobada era el supuesto comportamiento lésbico de Albertina con mademoiselle Vinteuil y su amiga.

Marcel quiere, anhela el retorno de Albertina, pero sin evidenciar el interés de su regreso:

¹ Existe un interesante estudio, “El Olimpo de Marcel Proust”, de Carlos Baltés, en el que clasifica los volúmenes de “A la recherche du temps perdu” en dos grupos: El Cielo y el Infierno. En el grupo “El Cielo”, ubica “Por el camino de Swann”, “A la sombra de las muchachas en flor” y “El mundo de Guermantes”; en “El Infierno” están “Sodoma y Gomorra”, “La prisionera” y “La fugitiva”. Leyendo la *Recherche* en esta clave, el infierno de Marcel son los celos, producto de su mente contradictoria, en la que solo ama aquello que no posee. Véase “El Olimpo de Marcel Proust” en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*: <https://www.cervantesvirtual.com>

Pero al menos, sin renunciar a ella, lo que me quedaba de lo que había sentido por Gilberta era el orgullo de no querer ser para Albertina un juguete despreciable mandando a suplicarle que volviera; quería que volviera sin demostrar yo que me interesaba que volviera. (Proust, 2021, p. 22)

Las contradicciones de Marcel sobre el posible regreso de la muchacha en flor se extienden por al menos las primeras treinta páginas del sexto volumen. Así pasan tres días y se decide a establecer contacto con un intermediario. Sin embargo, cuando finalmente actúa, su reacción ante los resultados positivos que obtiene desconcierta al lector.

Roberto de Saint-Loup, a quien había conocido en Balbec gracias a madame de Villeparisis (marquesa de Guermantes) que fue quien en “A la sombra de las muchachas en flor” introdujo a Marcel en ese mundo de princesas y duquesas. A lo largo de la obra aparece esporádicamente, ya que es militar acuartelado en Doncierres. El narrador realiza de él la descripción de un hombre dechado de perfecciones, que desde que lo conoce le ayuda en los propósitos que éste le plantea.²

El protagonista acude a este Guermantes para pedirle que actúe de intermediario, de embajador ante la tía de Albertina, madame de Bontemps. La principal instrucción que le transmite es que por ninguna circunstancia se deje ver por Albertina, pues como ya vimos, el pelmazo de Marcel quería que *Albertina volviera sin demostrar que a él le interesaba que volviera*.

La gestión de Roberto de Saint-Loup no tiene éxito. Envía desde Turena un telegrama a Marcel donde notifica los resultados de las gestiones realizadas, pero como siempre, Albertina se adelanta en todo y antes de que el telegrama de Saint-Loup llegue a su destinatario, escribe a Marcel las siguientes líneas:

Querido amigo: has mandado a tu amigo a mi tía, y es una insensatez. Querido amigo, si me necesitabas, ¿por qué no me escribiste

² Cuando Marcel visita a Saint-Loup, este tiene en su cuarto una fotografía de la duquesa de Guermantes y no vacila en pedirle que se la regale. Pero Saint-Loup se niega, aduciendo que primero tiene que pedir permiso a la duquesa (en Proust “A la sombra de las muchachas en flor”).



En busca del tiempo perdido 6 La fugitiva

Proust

Alianza editorial

directamente? Hubiera vuelto encantada; no vuelvas a hacer esas cosas absurdas. (Proust, 2021, pp. 51 y 52)

Así se inicia una breve comunicación epistolar. Como respuesta a estas breves líneas de Albertina, cualquiera creería que habría una respuesta positiva al regreso de su amada, pero recuérdese que el narrador solo ama lo que no se tiene, por lo que rechaza la oferta del regreso de por quien tanto se ha atormentado.

Ese rechazo a la vuelta de Albertina se debe a lo siguiente: el celoso obtiene un goce de sus propios celos. Un trabajo de fin de cursos presentado en la Universitat de Barcelona por Ariadna Félix Menjibar cita a Lacan quien señala: “La razón de los celos del amante no son los hechos, es decir, la traición efectiva sino la patológica necesidad de alimentar sospechas que lo atormentan, ya que de ellas depende su mórbido placer” (Félix, 2024).

Si en “La prisionera” asistimos a vivir los celos claustrofóbicos de Marcel, en “La fugitiva”, en cambio, vivimos la experiencia de unos celos *postmortem*. La última misiva que llega de Turena está firmada por madame de Bontemps:

Pobre amigo mío, nuestra pequeña Albertina ya no existe, permíteme que le diga esta cosa horrible, usted que tanto la amaba. Su caballo la tiró contra un árbol en un paseo. Todo lo que hemos hecho por salvarla ha sido inútil. ¡Ojalá hubiera muerto yo en su lugar! (Proust, 2021, p. 82)

No obstante que Albertina ha muerto, aún la sigue celando, ¿por qué? La razón es que para Proust como para San Agustín,³ no existe el pasado ni el futuro, y esta teoría del tiempo como un *continuum* la explica el narrador (Marcel) de la siguiente manera: “[...] ya no era el futuro de Albertina, era su Pasado. ¿Pasado? Está mal dicho, porque para los celos no hay ni pasado ni futuro y lo que imaginan es siempre el Presente” (Proust, 2021, p. 99).⁴

¿Qué consecuencias tiene esta concepción lacaniana de los celos y la perspectiva temporal del narrador en el comportamiento celoso de Marcel, que aún después de muerta Albertina quiere hurgar en el pasado de la muchacha en flor? La siguiente, que enseguida cito:

Mis celosas curiosidades por lo que había podido hacer eran infinitas [...] por esto, especialmente, envié a Amado a Balbec, pues sabía que él averiguaría allí muchas cosas. (Proust, 2021, p. 125)⁵

El narrador pide a esta persona que investigue si, mientras vivía allí, Albertina mantenía relaciones con mujeres, en particular con una lavandera de Turena, ya que aparentemente la joven había ido a vivir con su tía, madame Bontemps, quien debido a la situación de orfandad de Albertina siempre se ha ocupado de ella, aunque la deja libre, pues nunca la vemos viviendo con la tal tía.

³ Véase el trabajo: Gabriel Astey. (2023). La experiencia del tiempo en la Recherche de Proust. Estudios 145, pp. 107 – 120, ITAM.

⁴ Recuérdese que Proust decía en otro de los tomos de la novela que los humanos somos unos seres tan poco cronológicos, que ubicados en el presente podemos vivir ahora mismo el pasado mediante el recuerdo, ya sea voluntario o involuntario).

⁵ Amado era un mesero del Grand Hotel de Balbec, a quien le gustaba recibir buenas propinas y servir especialmente a quien le ofreciera más dinero. Era, por tanto, servil y ambicioso; aparece desde el segundo volumen de A la recherche donde Marcel lo conoce de su primer viaje a este balneario. Nadie tan confiable, según el protagonista, que no aprendió de los anteriores guardianes de Albertina, el chofer y Andrea.

El diligente Amado, que además de gustar de recibir buenas propinas, además de su poca propiedad moral, envía, desde Turena a Marcel la siguiente misiva:

Al principio la pequeña lavandera no quiso decirme nada; aseguró que mademoiselle Albertina no había hecho más que pellizcarle el brazo. Pero para hacerla hablar, la llevé a comer y la hice beber. Me contó entonces que mademoiselle Albertina se encontraba a menudo con ella a orillas del Loira, cuando iba a bañarse; que mademoiselle Albertina, que tenía la costumbre de levantarse muy temprano para ir a bañarse, solía encontrarla a orillas del río, en un lugar en que los árboles son tan tupidos que nadie puede ver, y que, además, nadie había allí a esas horas que pudiera verla. Luego la lavandera llevaba allí a sus amiguitas y se bañaban, y después, como hacía mucho calor y no se podía soportar ni siquiera bajo los árboles, se quedaban en la yerba secándose, jugando y acariciándose. La lavandera me confesó que le gustaba mucho divertirse con sus amiguitas y que al ver que mademoiselle Albertina se rozaba siempre contra ella con su peinador, se los hizo quitar y la acarició con la lengua al lado del cuello y los brazos, incluso en la planta de los pies que le ofrecía mademoiselle Albertina. La lavandera se desnudaba también y jugaban a lanzarse al agua. Después ya no me dijo nada, pero completamente obligado a sus órdenes y deseando hacer cualquier cosa para complacerlo a usted, me llevé a la lavandera para que se acostara conmigo. Me preguntó si quería que me hiciera lo que había hecho a mademoiselle Albertina cuando ésta se quitaba su traje de baño. Y me dijo (¡Si usted hubiese visto como se estremecía esa señorita!); me decía esa señorita: (¡Ah, me vuelves loca!) y se ponía tan nerviosa que no podía evitar mordirme. He visto aun la señal en el brazo de la pequeña lavandera. Y comprendo el placer de mademoiselle Albertina porque esta pequeña es muy hábil. (Proust, 2021, p. 125)

Realicemos un análisis del contenido de esta misiva tan descriptiva que retrata más que a la pequeña lavandera y a Albertina al mesero de Balbec, Amado. En el texto se aprecia un proceso *in crescendo*. Al principio la lavandera no dice nada, luego, bajo la influencia del alcohol la lavandera cuenta todo a Amado, quien a su vez le cuenta al narrador lo

que hacían ella y sus amigas con Albertina; en una tercera fase, el remitente, servicial como siempre, se acuesta con la lavandera, para que su propio cuerpo experimente el placer que debe haber sentido Albertina.

El espacio en la escena narrada por la lavandera y luego vuelta a narrar por Amado, tiene una perspectiva voyerista, caracterizada por describir pormenorizadamente un lugar aislado donde la vegetación es tan tupida que nadie puede ver. Tan temprano que no hay nadie que pueda observar; el calor, la hierba, los escarceos amorosos, los juegos, son solo observados por el voyeur.

A Marcel le hubiese gustado decirle a Albertina que él lo sabía todo. Que él había visto la mordida de la pequeña lavandera en su brazo. Quería haber podido sorprender a Albertina con la afirmación de su personalidad de celoso al que ningún indicio se le escapa. Pero ya no podrá, pues Albertina ahora está muerta:

Como estaba viva en el momento de cometer su falta, es decir, en el momento en que yo mismo me encontraba, no me bastaba saber aquella falta: hubiera querido que ella supiera que yo lo sabía. Y en aquellos momentos me dolía pensar que ya nunca la vería, y este dolor llevaba la marca de mis celos y, muy diferentes del sufrimiento desgarrador de los momentos en que la amaba, no era más que el pesar de no poder decirle: «Creías que nunca iba a saber lo que hiciste después de dejarme. Bueno, pues lo sé todo; le decías a la lavandera en la orilla del mar: “qué gusto me das” y he visto el mordisco. Seguramente me decía: ¿Por qué atormentarme? La que gozó con la lavandera ya no es nada, luego no era una persona cuyos actos conservan un valor. No piensa que yo sé. Pero tampoco piensa que no sé, puesto que no piensa nada» (Proust, 2021, pp. 146 y 147)

Pero el tiempo, que todo lo cura, poco a poco hace que el recuerdo de Albertina vaya quedando atrás. Fue un largo proceso, doloroso para el narrador, en el que los lectores perdemos la paciencia por tantas páginas que el autor le dedica a esta evolución psicológica de curación. Y como se expresa popularmente “Un clavo saca otro clavo”, un día, de pronto, nuestro héroe observa a tres muchachas por la calle por la que él transita, entre ellas va

una rubia que se vuelve a verlo, que lo observa cuidadosamente, pues Marcel había provocado esa reacción al rozarle su mano. Así se inicia el reconocimiento de que el recuerdo de Albertina está diluyéndose, poco a poco, casi imperceptiblemente.

En una visita que realiza a la duquesa de Guermites, Marcel confunde a Gilberta Swann con esa dama que se había vuelto a mirarlo. Pero, inevitablemente, recuerda a Charles Swann, y, en ese momento, por asociación de ideas, se da cuenta que ha empezado a olvidar a Albertina:

Bajo la acción del deseo, a consecuencia del deseo de felicidad que Gilberta provocó en mí durante las horas en que creí que era otra y no ella, se esfumaron en mí cierto número de sufrimientos, de preocupaciones dolorosas que todavía poco antes me embargaban el pensamiento, llevándose con ellos todo un bloque de recuerdos, de preocupaciones dolorosas que todavía poco antes me embargaban el pensamiento, llevándose con ellos todo un bloque de recuerdos, probablemente desmoronados desde hacía mucho tiempo y precarios. Pues si bien muchos recuerdos unidos a ella contribuyeron al principio a mantener en mí el pesar de su muerte, recíprocamente el pesar mismo había fijado los recuerdos. De suerte que la modificación de mi estado sentimental, preparada sin duda oscuramente día tras día por las continuas disgregaciones del olvido, pero realizada bruscamente en su conjunto, me dio aquella impresión, que recuerdo haber sentido aquel día por primera vez, de vacío, de supresión en mí de toda una parte de mis asociaciones de ideas, que experimenta un hombre al que se le ha roto una arteria cerebral gastada ya desde hacía tiempo y en el que queda inhibida y paralizada una parte de la memoria. (Proust, 2021, p. 277)⁶

⁶ Marcel Proust, cuando revisaba las galeradas de *A la recherche*, agregaba páginas manuscritas enteras. “La fugitiva” es el segundo libro que se publica después de su muerte. Consuelo Berges, quien tradujo cinco de los siete tomos, respetó la edición de *La Pleiade* que a pie de página incluía los añadidos de Proust, conocidos como papeles suplementarios. Al final de la cita textual de la página 227, el papel suplementario agregaba: “Ya no amaba a Albertina. A lo sumo algunos días cuando hacía un tiempo de esos que, modificando, despertando nuestra sensibilidad, nos vuelven a poner en relación con la realidad, me sentía tristísimo pensando en ella. Sufría de un amor que ya no existía...” (pp. 227 y 228).

Andrea, amiga de Albertina, vive un tiempo con el narrador. Aunque Marcel dice haber olvidado a Albertina, sigue investigando sus recuerdos sobre ella. Andrea le explica las razones detrás del comportamiento de Albertina y le confirman la sospecha de ser una mujer sáfica. Estas indagaciones de Marcel y el tiempo que transcurre inexorablemente, más el añorado viaje a Venecia, para el cual Albertina había sido un estorbo, permiten que el narrador se acerque a la indiferencia total con relación a su vida con Albertina:

La tercera vez en que recuerdo haberme dado cuenta de que me acercaba a la indiferencia con respecto a Albertina (y esta última vez hasta sentir que había llegado por completo a ella) fue un día en Venecia, bastante tiempo después de la última visita de Andrea. (Proust, 2021, p. 266)

La prolepsis contenida en el párrafo citado permite al narrador relatar su viaje a Venecia, describir la ciudad y el encuentro con madame de Villeparisis, ahora casada con Monsieur de Norpois. Ambos viven sus últimos años. El narrador y madame de Sazerat, ofrecen una descripción emotiva de estos personajes, presentes desde el inicio de la novela:

A pesar de su desdén, el camarero hubiera querido saber qué es lo que debía decidir en cuanto a la mesa, e iba a mandar al ascensorista a preguntar al piso, cuando, sin darle tiempo, recibió la respuesta: acababa de ver entrar a la anciana señora. A pesar del aire de tristeza y de fatiga que da el peso de los años y a pesar de una especie de eczema, de lepra roja que le cubría la cara, no me fue difícil reconocer bajo su gorro, con su traje negro hecho por W..., pero, para los profanos, parecido a una vieja portera, a la marquesa de Villeparisis [...] Yo me preguntaba quién sería el pariente con quien viajaba madame de Villeparisis,⁷ cuando, pasado un momento, vi dirigirse a la mesa y sentarse junto a la dama a su antiguo amante, Monsieur de Norpoise [...]⁸

Al oír este nombre, madame Sazerat palideció y estuvo a punto de desmayarse.

Procurando dominarse, me dijo:

⁷ Personaje que aparece en el segundo tomo “A la sombra de las muchachas en flor”.

⁸ Gran amigo de los padres de Marcel. Es quien recomienda al narrador con Bergotte para que le enseñe la creación literaria.

— ¿Madame de Villeparisis, mademoiselle de Bouillon?

— Sí.

— ¿Podría yo verla un segundo? Es el sueño de mi vida.

— Pues no pierda tiempo, señora, porque va a terminar de comer en seguida. Pero ¿Por qué le interesa tanto?

— Es que madame de Villeparisis era en primeras nupcias la duquesa de Havré, bella como un ángel, mala como un demonio, que volvió loco a mi padre y en seguida le abandonó. Bueno, pues, a pesar de haber obrado con él como la última ramera, de haber sido la causa de que yo y los míos tuviéramos que vivir estrechamente en Combay, ahora que mi padre ha muerto, mi consuelo es que amó a la mujer más bella de su tiempo, y como no la he visto nunca, a pesar de todo me gustará [...] Debe de haberse marchado, no la veo donde usted dice [...] Y seguía buscando, persiguiendo la visión detestada, adorada, y que desde hace tiempo hacía habitaba su imaginación.

— Sí, en la segunda mesa.

— Es que no contamos partiendo del mismo punto. Tal como yo cuento, la segunda mesa es una en que solo hay, junto a un señor viejo, una mujer pequeña y jorobada, roja, horrible.

— ¡Esa misma! (Proust, 2021, pp. 280 y 281)

Tras este encuentro, el narrador revela la auténtica personalidad de los personajes de *A la recherche*, mostrando cómo eran realmente detrás de las apariencias en una sociedad llena de hipocresía y ambición social durante *la Belle Époque*.

El final de “La fugitiva” nos depara más sorpresas: El matrimonio de Gilberta, heredera de la inmensa fortuna de Charles Swann, con Robert de Saint-Loup; el ascenso social de Odette de Crecy, la boda de la sobrina de Jupien, ahora marquesa de Orlon, título otorgado por el barón de Charlús y, el mensaje de que Albertina vive, con lo que Marcel se da cuenta que ya el recuerdo de la muchacha en flor no lo perturba:

Nada más entrar en mi habitación lo abrí y, dirigiendo una mirada a un escrito lleno de palabras mal transmitidas, pude leer, sin embargo: «Querido amigo: me crees muerta, perdóname, estoy bien viva; quisiera verte, hablarte de casamiento, ¿cuándo volverás?

Cariñosamente, *Albertina*.» Entonces ocurrió, a la inversa, lo mismo que cuando mi abuela: en el momento en que me enteré de que de verdad mi abuela había muerto, no sentí al principio ninguna pena. Y no sufrí realmente por su muerte hasta que unos recuerdos involuntarios la revivieron para mí. Ahora que, Albertina, en mi pensamiento, no vivía ya para mí, la noticia de que vivía no me causó la alegría que hubiera creído. (Proust, 2021, p. 289)

En cuanto a Roberto de Saint-Loup, paradigma de todo un caballero, oficial del ejército francés, con novia oficial, Raquel, no aceptada desde luego por la marquesa de Cambremer, su madre, su verdadera identidad al final de “La fugitiva” sí constituye una verdadera sorpresa. El narrador ocultó todos los indicios con respecto a Saint-Loupe que tal vez, en una relectura, podríamos encontrarlos, pues el narrador, además de mencionarlo brevemente en los demás tomos, es parco en este aspecto. Este personaje aparece desde el segundo tomo de *En busca del tiempo perdido* y reaparece esporádicamente en los tomos siguientes, al igual que madame de Villeparisis y otros personajes como monsieur de Norpois.

Como lector de *A la recherche*, me llama la atención la insistencia de Marcel en sospechar la orientación lésbica de Albertina, y que Marcel Proust le haya dedicado dos tomos a este asunto. La fuente de dicha sospecha fue el acto voyerista involuntario que observó en casa del músico Vinteuil, suscitado entre la hija del músico y su misteriosa amiga. Ese acto observado lo recuerda involuntariamente cuando Albertina le dice que desea asistir al concierto en casa de madame Verdurin, donde se ejecutará música de Vinteuil.⁹ La verdadera razón de la necedad de Marcel se aclara al final del volumen y precisamente se lo confesará a Robert de Saint-Loup.

Conclusiones

“La prisionera” y “La fugitiva” son la quinta y sexta parte de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. Ambas abordan, en un primer plano, los

⁹ Mademoiselle Vinteuil y su amiga habían descifrado las sonatas de este músico, razón por la que Albertina desea asistir al salón Verdurin, tal como lo mencioné en mi colaboración anterior, dedicada a “La prisionera”.

celos de Marcel, pero el tema que subyace es el de la identidad sexual, no solo de Albertina, sino que van más allá de este personaje. Al final de la novela el narrador identifica más personajes que ocultan su verdadera identidad sexual como lo hacía, de manera infructuosa el barón de Charlus, quien llega a afirmar que la cantidad de personas donde se impartiera una cátedra de identidad sexual desbordarían las aulas de clase.

Al recuperar los recuerdos al aroma de una taza de té y una magdalena, el narrador nos va contando no solo su vida, sino la vida de la sociedad francesa de la época, su comportamiento en los salones donde recibían los elegantes miembros de la nobleza francesa, los nuevos ricos o burgueses y los nuevos nobles por decreto napoleónico.

Las primeras tres partes de la monumental novela: “Por el camino de Swann”, “A la sombra de las muchachas en flor” y “El mundo de Guermantes” muestran la niñez, adolescencia y juventud del narrador, en las que todo pareciera ser idílico, sin embargo, el narrador cuenta episodios que tendrán un alto impacto en el desarrollo posterior de la trama de las otras tres partes: “Sodoma y Gomorra”, “La prisionera” y “La fugitiva”. “El tiempo recobrado” Baltés dirá entonces, la séptima parte corresponde al “Infierno”. Por algo suelen clasificarse las primeras tres como el “cielo” y las siguientes tres como el “infierno”. Tuvo mucha razón madame de Zazerat cuando se refiere a Madame de Vulleparisis en estos términos: “bella como un ángel, mala como un demonio”.

“La fugitiva” narra la desaparición y muerte de Albertina. Cansada de los celos y de las sospechas de un comportamiento sexual lésbico, la protagonista huye de la casa de Marcel y se refugia en la ciudad de Turena con madame Bontemps, su protectora, quien jamás se ocupó de la muchacha en flor. Envía a su

amigo Roberto de Saint-Loup para hacerla regresar, pero la embajada fracasa. Más tarde, Marcel recibe un telegrama informando que Albertina ha fallecido tras caer de un caballo. Marcel viaja a Venecia con su madre y descubre que ha olvidado totalmente a Albertina y se entera que Gilberta Swann contraerá matrimonio con Robert de Saint-Loup el cual también oculta su identidad sexual.

Los duques, príncipes, marqueses y toda la jerarquía de la nobleza francesa, al enterarse de la temática de la novela, corrieron a comprarla, con el temor de verse retratados en la obra. La insistencia de Marcel en celar a Albertina no era por amor; era por impedirle, mediante la práctica continua, incrementar su afición lesbiánica.

Referencias

- Astey, G. (2023). “La experiencia del tiempo en la Recherche de Proust”. *Estudios* 145 (pp. 107-120), ITAM.
- Baltés, C. (s / f). *El Olimpo de Marcel Proust*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com>
- Félix Menjibar, A. (2024). Trabajo de fin de curso: “De la prisionera a la captiva: el deseo y el celoso en Marcel Proust y Chantal Akerman”. *Coordinació d'Estudis, Facultat de Filologia/Comunicación* (p. 20). fil-coord@ub.edu
- Pimentel, L. E. (2023). “Muerte y transfiguración de un gran autor. El legado de Marcel Proust” [Ciclo de conferencias, sesión 6]. culturaendirecto.www.unam.mx
- Proust, M. (2018). *En busca del tiempo perdido 2: “A la sombra de las muchachas en flor”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2019). *En busca del tiempo perdido 4: “Sodoma y Gomorra”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2019). *En busca del tiempo perdido 6: “La fugitiva”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 3: “El mundo de Guermantes”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 5: “La prisionera”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2022). *En busca del tiempo perdido 1: “Por el camino de Swann”*. Alianza Editorial.